

## 2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

**Ottmar Ette: *Weltbewußtsein. Alexander von Humboldt und das unvollendete Projekt einer anderen Moderne*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft 2002. 243 páginas.**

En este estimulante libro, el romanista Ottmar Ette se dedica a la tarea de demostrar la actualidad del quehacer científico y el personaje de Alexander von Humboldt (1769-1859). Relaciona este tema con una visión en cuanto al *ethos* de las ciencias ante las culturas en los tiempos modernos. Su propósito consiste en desarrollar el argumento del proyecto inconcluso de una modernidad que no se limita a criticar las deficiencias científicas, sino que aspira a diseñar su aspecto de “otra” modernidad. Quiere decir que el papel paradigmático de Humboldt consiste en que, al concentrarse en el proceso de la apropiación del saber a través de la escritura, el alemán ha creado una red de relaciones y lógicas incorporando al máximo todos los conocimientos que tenía a su disposición.

El concepto de la modernidad tiene una larga historia. Al dividirlo en cuatro fases, Ette la define como un período de la universalización acelerada del saber durante: 1) los viajes de colonización a partir de 1492; 2) las expediciones científicas hacia las colonias europeas durante la Ilustración; 3) el cambio de la noción del tiempo y la racionalización de la vida en la última parte del siglo XIX; y 4) la fase contemporánea del 11 de septiembre, la de la digitalización y la conexión planetaria de las redes electrónicas. Por medio de una operación estilística se conecta Ette, representante de la cuarta fase, con la segunda fase, representada por Humboldt. En la “red caminante” (título de la primera parte) navega en el ciberespacio de la

conceptualización científica y la conciencia cosmopolita de Humboldt y luego, en las “caminatas de redes interconectadas” (título de la segunda parte), enfoca su concepto de viaje.

Entrelazado con estas dos dimensiones del texto, el personaje de Humboldt resucita del polvo de la historia. Desde la juventud Humboldt sintió el anhelo de escaparse de la estrechez de su medio ambiente prusiano. Decepcionado con la realidad provinciana en Berlín buscó la liberación intelectual y sensitiva en los conocimientos científicos obtenidos durante sus viajes. El viaje a América, de 1799 a 1804, fue el más famoso en el que Humboldt criticó todo lo que le parecía limitación humana en aquel continente: la esclavitud, la trata de esclavos, la dependencia colonial de los países americanos.

Ette menciona estas características protestas de Humboldt sin idealizarlas demasiado. Le preocupa que la noción de una unión de pueblos, típica para aquella época, no contuvo indicaciones y conceptos precisos sobre la dinámica de su convivencia e integración cultural. De acuerdo con esta ausencia, el caso de Humboldt es particular por su capacidad enorme de absorber, coleccionar, y analizar el material recopilado sobre América, lo que corre paralelo con el esfuerzo incansable de ponerlo en relación con otros saberes. Es precisamente en esta capacidad de conexión en lo que consiste, en opinión de Ette, lo atractivo del proyecto humboldtiano. Consciente de sus propias deficiencias, Humboldt siempre está en camino de desarrollar estrategias para superarlas. Por lo tanto, siempre opera con un horizonte muy amplio y entiende la “modernidad proyectada en la visión de una convivencia planetaria, en estudios de casos regio-

nales, en el tratamiento estético de circunstancias complejas, en una investigación paciente de campo, en la ampliación y profundización constante de la conciencia universal así como en una investigación empírica altamente especializada a partir de una perspectiva comparatista, sin entender Europa y el mundo occidental como el ombligo decisivo del mundo y del saber” (p. 120).

En esta flexibilidad y movilidad extrema de Humboldt consiste el *ethos* de su investigación cada vez más especializada, sin negar que sus resultados deben ser insertados en un marco de cuestiones éticas. La tensión entre afán de conocimiento y problemas éticos se le presenta a Humboldt en América a veces de una manera ejemplar. Ette menciona el caso de la excavación de los huesos de los muertos en la cueva de Ataruipa en Venezuela. Al investigar y transportar los *mapires* –las canastas trenzadas en las que se daba sepultura a los antepasados– Humboldt y Bonpland niegan las protestas y la condena por parte de los indígenas que lo consideran como un sacrilegio. Y el segundo ejemplo se realiza en México, una ciudad típica de la simultaneidad de las culturas más diferentes. Cuando Humboldt pide desenterrar la estatua de Coatlicue, los mexicanos vuelven a enterrarla inmediatamente después de que el alemán ha concluido su análisis.

En resumen, racionalidad para unos significa locura para otros. Es importante sensibilizar acerca de esta problemática cultural en la presentación de las reflexiones contemporáneas. Basándose en las experiencias de Humboldt, Ette cuestiona las limitaciones al respecto en: 1) el concepto de alta homogeneización por parte de filósofos tan importantes como Hans Kung, Hans Jonas o Jürgen Habermas; 2) la falta de incluir una perspectiva comparativa tomando en cuenta reflexiones con-

temporáneas sobre la cultura como las de Homi Bhabha, Beatriz Sarlo o Néstor García Canclini, entre otros.

Esta dimensión contemporánea confiere al libro de Ette un nivel altamente enriquecedor. La opulencia de detalles sobre la obra y el personaje de Humboldt evidencia una larga experiencia con el tema. El autor ha organizado simposios, colaborado en la organización de exposiciones y coedita la revista *Humboldt* en Internet. En este sentido, el libro se presenta como una cantera de detalles y conocimientos para estudiosos de Humboldt, así como sobre la relación de su obra con las teorías culturales del presente.

No ocurre muchas veces que un romanista alemán escriba un libro-ensayo tan contundente, lleno de observaciones y preguntas abiertas. Recomiendo su traducción en otros idiomas. Es de esperar que, en este caso, se agregue una lista al final con la explicación de conceptos como transdisciplinareidad, transculturalidad, bricolaje, o globalización para sacar aún más provecho de su lectura.

*Ineke Phaf-Rheinberger*

**Klaus-Dieter Ertler: *Kleine Geschichte des lateinamerikanischen Romans. Strömungen – Autoren – Werke*. Tübingen: Gunter Narr (Narr Studienbücher) 2002. 363 páginas.**

Todo aquel que haya estudiado una literatura extranjera sabe cuán valiosos son los manuales introductorios y las historias literarias para adentrarse en el territorio aún desconocido que se quiere explorar, sobre todo cuando se trata de acercarse a textos pertenecientes a una tradición literaria muy alejada de la propia. A esta categoría pertenece el libro de Klaus-Die-

ter Ertler, quien no se limita a ofrecer una historia de la novela latinoamericana propiamente dicha, sino que además incluye una introducción sobre la (pre)historia del género en América Latina. Así, el primer capítulo del libro, que se titula “Los orígenes de la novela latinoamericana”, esboza el contexto en el cual surgieron los primeros relatos en y sobre América (incluso antes de la Conquista), en los que ya se vislumbra la cuestión de la perspectiva (indígena, española, criolla) en la percepción de los hechos narrados, cuestión que será uno de los ejes en torno a los cuales girará la narrativa hispanoamericana a partir de la segunda mitad del siglo XX, así como también su teorización. Según Ertler, uno de los secretos del éxito de la literatura latinoamericana contemporánea reside precisamente en la tensión intercultural que la subyace (p. 15).

Es decir, que esta “pequeña historia de la novela latinoamericana” se diferencia radicalmente del proyecto llevado a la práctica por Volker Roloff y Harald Wenzlaff-Eggebert en los dos volúmenes de *Der hispanoamerikanische Roman* (1992): mientras este último ofrece interpretaciones modélicas de las novelas más representativas del continente, la obra de Ertler está concebida como una introducción general a la literatura latinoamericana y una historia del género novelesco en particular, por lo que sitúa las novelas específicas que presenta y analiza en el contexto sociopolítico de su aparición, además de delinear los temas, las formas, y las corrientes estéticas dominantes en la novelística latinoamericana. Otro rasgo distintivo del volumen es el hecho de que incluye la novelística brasileña, tantas veces dejada de lado en estudios similares.

La estructura de los capítulos segundo al cuarto, a lo largo de los cuales se propone una historia de la evolución del género novelesco desde el siglo XIX hasta 1959,

sigue el siguiente esquema: el autor comienza con una breve introducción histórica y continúa con una descripción de las corrientes, los autores y las obras más importantes del período, para finalizar con una selección de cinco novelas, de las cuales ofrece una interpretación detallada. Al conjugar la perspectiva histórico-literaria con el análisis textual, Ertler logra dar un panorama general de la época, y situar obras y autores en su contexto específico sin perder de vista los textos literarios en sí. (En este contexto es interesante señalar un detalle que a mi juicio muestra muy bien la intención pedagógica de Ertler: en las interpretaciones cita, por supuesto, el original de las diversas novelas, pero en un apéndice ofrece las traducciones al alemán de todos los pasajes citados.)

El quinto capítulo está dedicado a la “nueva novela” y abarca los textos publicados entre 1960 y 1979. Aquí, además del panorama inicial y del análisis de cinco novelas ejemplares del período, el autor incluye ocho pequeños ensayos sobre cuestiones tales como: “La novela socialmente comprometida”, “México y la Onda”, “El problema de la escritura femenina” y “El sistema literario brasileño bajo la sombra de la dictadura”.

En el sexto y último capítulo, titulado “Posmodernidad y pos-*boom*: el desarrollo desde 1980”, Ertler prescinde de las interpretaciones de textos en favor de un análisis más detallado de la historia tanto sociopolítica como literaria de cada país o región. Así, dedica apartados a la Argentina (en donde discute la herencia de Jorge Luis Borges), a las consecuencias del exilio en la literatura chilena, a las variantes peruanas de la posmodernidad, a la cuestión de la hibridez y de la oralidad en Cuba y el Caribe, a los nuevos caminos de la narrativa centroamericana y al poder de los discursos históricos en Colombia y Venezuela, para nombrar algunos ejem-

plos. Según Ertler, la producción narrativa de los años ochenta y noventa se caracteriza formalmente por “el fraccionamiento y la superposición generalizada de géneros [...]”. Junto a textos de compleja estructura, que recurren al collage, también se encuentra frecuentemente una textualidad concisa con un hilo narrativo coherente y un estilo sobrio que parece periodístico. [...] En el sistema literario dominan las formas de una prosa corta, fácil de ‘consumir’ y mediáticamente explotable” (p. 253).

Por último, al final del volumen se encuentra una útil selección bibliográfica a la cual pueden recurrir quienes quieran ahondar en las cuestiones tratadas, así como un práctico índice de obras y de autores.

*Valeria Grinberg Pla*

**Joan Torres-Pou: *Aproximaciones a la narrativa femenina del diecinueve en Latinoamérica*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press (Hispanic Literature, 68) 2002. X, 145 páginas.**

La literatura latinoamericana escrita por mujeres en el siglo XIX es vasta, pero sigue siendo poco conocida. De este presupuesto parte Joan Torres-Pou en su libro, y por esto, su mayor propósito consiste en el rescate de obras poco tratadas por la crítica. El libro no quiere ser una historia de la literatura femenina en América Latina, texto que según Torres-Pou no se puede escribir sin antes rescatar esta producción en los archivos, bibliotecas, y otras instituciones o lugares en que espera ser encontrada. Torres-Pou señala que el criterio de selección de las autoras y las obras es que sean poco conocidas y que

abarquen distintos géneros narrativos (novela, memoria, relación de viaje). Por esto, tampoco se estudian autoras como Mercedes Cabello de Carbonera, Juana Manuela Gorriti o Clorinda Matto de Turner, sobre cuya producción literaria existe ya un notable número de trabajos.

En los primeros tres capítulos, el autor se ocupa de las novelas históricas. En las de Lindaura Anzoátegui de Campero destaca, aparte de la búsqueda de una identidad nacional de legitimidad como rasgo de toda novela histórica latinoamericana, las siguientes características: el énfasis en el papel de la mujer en el episodio histórico contado, el uso del palimpsesto para hablar de la figura histórica en cuestión, el empleo del melodrama para alterar la historia, y la evidente presencia de la autora tras la voz narrativa. En una comparación de la novela anónima *Jicoténcal* con *Guatimozín*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda (obra, esta última, no tan poco tratada como sería de esperar según lo dicho por el autor en la introducción), analiza la recreación del pasado azteca y tlaxcalteca como intento de cuestionar la historia oficial y legitimar el pasado de América sin perder de vista los problemas sociales y políticos en el momento de la escritura. Torres-Pou escoge las novelas históricas de Rosa Duarte y Amelia Francasci para analizar en un intento representativo la escasa producción literaria de mujeres en la República Dominicana. El autor insiste varias veces en la poca calidad literaria de sus obras. A pesar de esto, según Torres-Pou, ellas merecen ser interpretadas porque son una muestra de la ansiedad creativa impuesta por el prejuicio con que el sistema patriarcal recibía los textos escritos por mujeres.

En los siguientes dos capítulos, Torres-Pou interpreta obras del género melodramático. Afirma que, en la segunda mitad del siglo XIX, el realismo era sinónimo de buena literatura, y el melodrama era un

género despreciado por su escaso valor literario. Creo que este juicio es ahistórico porque valora a los distintos géneros literarios desde la perspectiva del siglo XX y no la del XIX. Torres-Pou muestra que la brasileña Maria Firmina dos Reis hace uso del melodrama en su novela *Ursula* para criticar el imperante sistema materialista-esclavista. Como en muchas novelas sentimentales, la autora ve la base del mal social en problemas éticos, y sugiere la necesidad de un cambio moral para la transformación social. La californiana María Amparo Ruiz de Burton, por su parte, hace uso del mismo género en su novela *Who Would Have Thought It?* para denunciar al expansionismo de los Estados Unidos y para satirizar las llamadas “novelas del hogar” que se habían convertido en los primeros *best-sellers* escritos por mujeres en este país.

En los dos capítulos que siguen, Torres-Pou se ocupa de las relaciones de viaje escritas por mujeres. En el primero de ellos, compara los textos de María Mercedes Santacruz y Montalvo, condesa Merlin, con los de Ramón Emeterio Betances. En el segundo analiza las relaciones de viaje de la condesa Merlin y de Eduarda Mansilla. En el texto de la condesa Merlin sobre Cuba, *La Havane*, la sociedad de la isla se idealiza porque se sustenta en un sistema aristocrático semejante al sistema monárquico francés, del que la condesa fue fiel admiradora. Betances también subraya los lazos históricos con Francia, pero lo hace para enfatizar su discurso independentista. En este contexto, no es de extrañar que la condesa Merlin describa la sociedad estadounidense de 1840 en términos sumamente negativos comparándola con la francesa y la cubana. Eduarda Mansilla, en cambio, destaca la participación de las mujeres en la esfera pública aun cuando las critica por su “mentalidad anglosajona”.

En el último capítulo, el autor analiza la novela *The Rebel*, de Leonor Villegas de Magnón, novela autobiográfica que describe la experiencia de vida de la escritora en los dos lados de la frontera entre Estados Unidos y México. Torres-Pou se ocupa, sobre todo, de la historia del texto que Villegas de Magnón no vio publicado en vida, y destaca una vez más la crítica del expansionismo estadounidense.

Los artículos de Torres-Pou reunidos en este libro analizan importantes aspectos de la producción literaria de mujeres en América Latina en el siglo XIX aunque no ofrecen una visión de conjunto de la misma –tarea, como afirma el autor, casi imposible por falta de un trabajo de rescate y edición de la producción existente–. A veces, sus artículos son un poco redundantes, sobre todo cuando se ocupa de las dificultades de la escritura y el mercado que confrontaron las escritoras en el siglo XIX. Como bien indica el título del libro, más que análisis profundos son “aproximaciones” a la narrativa femenina del siglo XIX.

*Friedhelm Schmidt-Welle*

**Sabine Schlickers: *El lado oscuro de la modernización: Estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Veruert (Ediciones de Iberoamericana; Serie A: Historia y Crítica de la Literatura, 31) 2003. 429 páginas.**

Las clasificaciones genéricas al estilo de “novela naturalista hispanoamericana” son recursos imprescindibles de la crítica literaria, por cuanto le incumbe ordenar la multifacética producción literaria e intelectual según ciertas constantes estructurales que constituyen en cada caso un

marco de lectura y de interpretación. Al mismo tiempo, los críticos literarios suelen oponerse a la presión autoritaria que ejercen tales nociones genéricas cuestionando los elementos que la definen, su interrelación necesaria o facultativa, su origen y su funcionalidad. Toda esta problemática aflora en el denso estudio de Sabine Schlickers, quien, más que algunos de sus precursores en esa línea de investigación, es consciente de las trampas que acompañan el traslado del término *naturaliste* del escenario cultural y social francés al contexto rioplatense.

La primera parte del trabajo está dedicada, con el mayor esmero, a la dilucidación de la llegada sucesiva a Buenos Aires y Montevideo de determinadas novelas naturalistas francesas y, a la zaga de ellas, de los planteamientos teóricos de Zola, y a su recepción por parte de la crítica periódica que atendió, desde enfoques distintos, las innovaciones estético-literarias de la escritura naturalista y el potencial valor diagnóstico de su metodología científica para una comprensión en profundidad de los hechos sociales. Aunque no existan manifiestos ni antimanifiestos naturalistas en el Río de la Plata, la autora recurre a la fórmula llamativa de “batallas naturalistas” ocurridas –con matices distintos– en los dos grandes centros urbanos. La perspectiva complementaria a las cuestiones de *recepción* se materializa en la segunda y muy amplia parte del libro (cap. 4, pp. 131-369), que es algo así como un compendio temático y cronológicamente estructurado de cuantas novelas Sabine Schlickers identificó como genuinamente naturalistas. Se trata en suma de 37 novelas que, salvo las excepciones de Zeno Gandía, de las escritoras peruanas Mercedes Cabello de Carbonara y Clorinda Matto de Turner, de los chilenos Emilio Rodríguez Mendoza, Augusto d’Halmar y Benjamín Vicuña Subercaseaux, de los

novelistas mexicanos Federico Gamboa y Mariano Azuela, pertenecen a autores argentinos y, en escala menor, uruguayos. De toda forma, la novela naturalista hispanoamericana, según la autora, es un fenómeno primordialmente rioplatense. (Describe con brocha gorda el desarrollo naturalista en Chile y en México.) A la lista de novelas “naturalistas” siguen dos apartados que representan dos tipos de fusión del naturalismo hispanoamericano, por un lado, con la actitud criollista y, por otro, la percepción modernista (10 y 12 obras respectivamente). Esta larga sucesión de semblanzas críticas de novelas –totalmente desconocidas o apenas accesibles y leídas hoy en día– presta un gran servicio al estudioso de la literatura hispanoamericana, ya que la autora combina en cada caso la información temática con una revisión crítica de los juicios contemporáneos o de la crítica académica posterior. Para ello recurre a los parámetros desarrollados en la parte teórica y de contextualización socio-política de su libro. Son ellos los que sirven también para agrupar las novelas a base de sus características salientes: el impacto social de la inmigración masiva; disturbios psicopatológicos; la neurosis materialista; el furor sexual. Estos núcleos temáticos de las obras, que se combinan en distintos grados con los demás, no determinan únicamente la estructura del contenido de las novelas en cuanto narraciones literarias, sino que constituyen, al mismo tiempo, temas novedosos de investigación, de reflexión y de polémica política entre profesionales destacados de la sociedad. Para entender mejor la funcionalidad *extraliteraria* de las realidades patológicas –a nivel individual y social– reveladas en su cruda inmediatez por los escritores de novelas, es preciso conectarlas con distintas áreas del discurso público, político y social. Al respecto es de sumo interés el subcapítulo

—que merecería una ampliación— titulado “Convergencia e hibridación del discurso naturalista y de los discursos extraliterarios”. La autora trata de las transformaciones del pensamiento a partir de los nuevos criterios ‘científicos’ en los dominios de la Jurisdicción, de la Psicopatología y de la Filosofía.

En resumidas cuentas, el naturalismo en sus dos vertientes de programa literario y de investigación biológico-social ha sido un elemento perturbador en las circunstancias muy específicas en las que arribó al Río de la Plata. A nivel literario, el naturalismo ofreció un nuevo modelo —absolutamente contemporáneo— de plasmación literaria de la realidad social, después del agotamiento de la pauta romántico-realista. Sin embargo, la focalización de excesos nerviosos y sexuales, además de las lacras de los estratos bajos de la sociedad, no ofreció la salida deseada para la creación de una literatura nacional de prestigio. Es más: entre los autores de novelas naturalistas se destacaron varios profesionales que utilizaron la nueva propuesta literaria como método de indagación social con vistas a subrayar, por ejemplo, los comportamientos sanos y positivos de la clase media (véase *Libro extraño* [1894-1902] de Francisco Sicardi, médico).

En el Río de la Plata los impulsos del naturalismo coincidieron con la transformación modernizante y plutocrática de las capitales de Argentina y de Uruguay, donde surgieron abismos sociales entre los destinos del proletariado urbano —ampliado de paso por los inmigrantes pobres— y la oligarquía latifundista, que se alía con los comerciantes industriales enriquecidos. La muy dinámica situación económica, que produjo tantas vanas ilusiones capitalistas en quien estaba al margen de las riquezas, se refleja en las tramas novelescas creadas alrededor de la Bolsa (1891:

Julián Martel, *La Bolsa* y Segundo I. Villafañe, *Horas de fiebre*). Pero tampoco en estas novelas argentinas el trasfondo de las historias personales es zoliano, sino que refleja las preocupaciones por las transformaciones de las estructuras de poder en la sociedad. Aun cuando varias novelas llevan el subtítulo “estudio social”, muchos de los textos guardan afinidades con la tradición costumbrista hispanoamericana. Este aspecto no ha recibido la debida atención por parte de la autora.

En resumen, “la novela naturalista hispanoamericana” no es un género narrativo con contornos netos, sino una serie de variaciones sobre algunos hipotextos zolianos de gran impacto sobre los lectores del Río de la Plata (en primera línea: *L’assommoir*, *Nana* y *L’argent*). La mirada de los escritores naturalistas hispanoamericanos apunta a la actualidad político-social de sus países, sacudidos por la transformación modernizante de su hábitat y de las normas habituales de conducta. Un gran mérito del libro de Sabine Schlickers —entre otros ya destacados— es haber precisado en las muchas novelas estudiadas la funcionalidad de su carga naturalista.

*Postscriptum:* Por una rara coincidencia el libro de Sabine Schlickers se dio a conocer en el mismo momento en que Ediciones Cátedra publicó el amplio estudio de Manuel Prendes, *La novela naturalista hispanoamericana. Evolución y direcciones de un proceso narrativo*. La similitud de los títulos parece invitar o, incluso, obligar a proceder a una lectura comparada de los dos trabajos, cuyos objetivos y materiales son fundamentalmente los mismos. Sin embargo, tal como suele ocurrir muchas veces en la crítica literaria, la perspectiva y la metodología divergen considerablemente. Mientras Sabine Schlickers profundiza los nexos entre las obras literarias y sus incentivos

político-sociales, el trabajo de Manuel Prendes dedica mayor interés a las estructuras narrativas de las novelas inspiradas por el naturalismo francés. Su libro es, de todas maneras, un recomendable complemento al anterior por cuanto el autor —especialista en la obra de Federico Gamboa— presenta un cuadro más detallado del naturalismo en México.

*Dieter Janik*

**Claudia Gilman: *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI 2003. 432 páginas.**

*Entre la pluma y el fusil* es un libro provocador. Producto de una larga y exhaustiva investigación y de un minucioso trabajo de archivo, Claudia Gilman se propone en él la difícil tarea de pensar las tensiones entre intelectual, proyecto artístico y circunstancias políticas, que marcaron una época (los sesenta y parte de los setenta) y señalaron el destino de muchos: supervivientes, exiliados, desaparecidos... Uno de los objetivos centrales que se propone la autora es pensar (y re-elaborar) las distintas formas de periodización de los sesenta y los setenta, cuestión no menor ya que marca todo un universo de implicancias, causalidades y perspectivas ideológicas. En este sentido, Gilman utiliza el concepto de “época” para delimitar un período que se extiende entre 1960 y 1974, aduciendo —a diferencia de algunos trabajos clásicos— que, más que una separación tajante entre ambas décadas, lo que se verifica es una problemática continuidad, al menos hasta 1974.

No ajena a la tradición teórica de Óscar Terán, Silvia Sigal, José Aricó, Beatriz Sarlo, Ángel Rama (entre otros), Gilman discute la noción de “intelectual

latinoamericano” y problematiza los cambios semánticos que este término sufre a lo largo de catorce años. Así, con lucidez y distancia crítica, la autora critica y/o refuerza las tesis sobre los intelectuales que sostienen pensadores clásicos como Bourdieu, Bobbio, Bauman, Sartre, W. Mills, Debray, entre muchos otros (pp. 60 ss.). Lejos de adscribir a todos ellos, Gilman lee con atención y en contexto cada una de sus afirmaciones y toma de ellos aquellas categorías que le servirán para pensar el particular problema del intelectual latinoamericano.

En torno a esta figura, por otra parte, se presentan agudas polémicas. Así, a medida que la revolución se aparece como inminente —tanto para la derecha como para la izquierda—, la organización de la intelectualidad latinoamericana se fortalece y se extiende, por medio de una compleja trama de revistas, publicaciones varias, textos que circulan incluso antes de su edición y relaciones personales (casi “familiares”, como sostuviera José Donoso), que ayudan a constituir una verdadera “comunidad latinoamericana” con escasos precedentes —a excepción del modernismo, quizá—. En este marco, uno de los ejes del debate es la noción de “nueva literatura” y la importancia del impulso hacia “lo nuevo” como cambio político, pero también —y fundamentalmente— como cambio estético. Virulentas polémicas tienen lugar y se intensifican a medida que las circunstancias contextuales cambian. Así, la discusión en torno a la lucha armada como única forma realmente válida de compromiso intenta echar por tierra todo lo que de innovador y “revolucionario” podía tener la intervención cultural. La pregunta “¿para qué sirven los intelectuales?” se convierte entonces en objeto de debates cada vez más acalorados e irreductibles. Gilman analiza especialmente las posiciones antiintelectualistas al tiempo que

muestra, con inteligente minuciosidad, cómo se modifican la figura del intelectual y su sentido (cap. 4).

En dicho período tienen especial importancia una serie de acontecimientos medulares que marcan un antes y un después en la manera en que se interpela al intelectual, y que obligan a tomas de posición muchas veces irreparables. La revolución cubana es el más paradigmático –y en ella se destaca la manera en que críticos y escritores se convirtieron en sus “cancilleres itinerantes”–. Por eso, también, el caso Padilla constituye un quiebre ineludible y produce lo que Gilman llama “la ruptura de los lazos familiares” (pp. 209). Aquí es donde radica uno de los principales hallazgos del libro, porque elige mostrar no sólo la manera en que la revolución cubana impactó a los intelectuales sino, sobre todo, cómo escritores y críticos influyeron sobre ésta. Así, la autora analiza en detalle las diferentes etapas que, en torno a la revolución cubana, tuvo el debate público sobre las elecciones estéticas y éticas que el trabajo intelectual implicaba, la libertad de la creación y el lugar del escritor en el campo revolucionario. Estas polémicas incluían, por supuesto, disímiles posiciones en torno al realismo, la nueva literatura experimental, la novedad estética, “los nuevos formatos del arte revolucionario” y las distintas posiciones que críticos y escritores defendían con ahínco.

Muchos otros son los temas a destacar en este extenso e importante libro, que entiende esta historia de los intelectuales como un recorrido que va “de la euforia a la depresión”. Pero, sobre todo, queremos señalar algunas elecciones teóricas y metodológicas que entendemos como hallazgos. En primer término, si bien el libro se basa en un continuado y extenso trabajo con fuentes, archivos, colecciones, resulta claro que, sin abrumar al lector,

dicha investigación está puesta al servicio de una mirada crítica sobre una época de la que mucho se ha dicho ya. Por otra parte, la autora elige trazar “recorridos de palabras y sus resemantizaciones” (p. 370) y construye así un mapa complejo y apasionante que muestra, con erudición y claridad, los avatares de una época. Gilman incluye, además, toda una serie de reflexiones sobre la literatura en los sesenta y setenta y el lugar de escritor, sobre la influencia notable del mercado editorial en los debates culturales, sobre el libro y las implicancias que las transformaciones de la esfera pública y los medios masivos han tenido en él, y las incidencias de dichas transformaciones en la posibilidad de acción del intelectual, entre muchos otros temas. Treinta años después, *Entre la pluma y el fusil* ayuda a comprender, sin nostalgias ingenuas ni miradas desencantadas, una época en la que la definición del intelectual y el lugar de la literatura eran problemas centrales.

Valeria Añón

**María C. Albin: *Género, poesía y esfera pública. Gertrudis Gómez de Avellaneda y la tradición romántica*. Madrid: Editorial Trotta 2002. 330 páginas.**

**Florinda Álzaga: *La Avellaneda: Diccionario de pensamientos y vivencias*. Miami: Ediciones Universal 2003. 470 páginas.**

Las páginas fundamentales que Susan Kirkpatrick dedicara en *Las Románticas. Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850* (1989) a Gertrudis Gómez de Avellaneda contribuyeron a consolidar una nueva etapa en la recepción de la escritora cubana, etapa que había comen-

zado en los años ochenta con diversos estudios sobre su novela *Sab*, una de las “ficciones fundacionales” de la literatura latinoamericana analizadas por Doris Sommer y, más específicamente, de la literatura escrita por mujeres en el siglo XIX hispanoamericano. Sin embargo, la obra de Gómez de Avellaneda abarca un conjunto mucho mayor de textos, que siguen esperando lecturas renovadoras –en primer lugar, su poesía, pero también la narrativa de ficción, el teatro y la prosa ensayística–. El libro de María C. Albin se inscribe justamente en esta línea de relectura, concentrándose sobre todo en la poesía, pero tomando en cuenta también las memorias de viaje y un conjunto de artículos periodísticos publicados en *La Ilustración*. *Álbum de las damas* (1845) y *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello* (1860), las dos revistas fundadas y dirigidas por la escritora cubana. Tradicionalmente la crítica ha leído la poesía de Gómez de Avellaneda a la sombra de la de su compatriota José María Heredia, viendo en la poeta cubana a una admiradora e imitadora de la obra de su maestro. Solamente en 1993 Mary Louise Pratt inicia una relectura a contrapelo de esa subordinación cotejando textos de ambos, y en esa tendencia se sitúa también el libro de Albin, con su propuesta de leer la relación entre la poesía de Gómez de Avellaneda y la de Heredia sobre la base de las teorías de Harold Bloom en *The Anxiety of Influence* (1975) y *A Map of Misreading* (1980). Para Bloom, la “mala lectura es la lucha que emprende el poeta tardío con los textos de sus precursores en busca de despejar un espacio donde desarrollar su originalidad” (cit. p. 23). En este sentido, Albin analiza las estrategias de desvío y revisión respecto de la obra del predecesor consagrado implementadas por la poeta cubana.

El primer capítulo está dedicado a estudiar las *Memorias* de viaje, redactadas

en forma de cartas en 1838, en las que la autora “asume una postura de mediación entre la madre patria y Cuba” (p. 41). En general, la argumentación de Albin que busca sustentar la tesis de que la escritora se desvía estratégicamente de los modelos masculinos del relato de viajes acusa ciertas sobreinterpretaciones, por ejemplo, cuando lee como desvío estratégico la afirmación de la autora de que no ha podido consultar a otros viajeros, o cuando del silencio de Gómez de Avellaneda acerca del gabinete de Historia Natural de Burdeos se infiere que la autora somete “a duda sistemática el discurso de la historia natural” (pp. 48 ss.).

El segundo capítulo constata “la exclusión [por parte de la crítica cubana] de las escritoras del proceso de imaginar un mito fundacional” (p. 79) y analiza los poemas “A él” y “A la muerte del célebre poeta cubano don José María Heredia” como *misreadings* de los textos heredianos “Dedicatoria”, “Himno del desterrado” y “Proyecto”, para demostrar que la autora “se inserta en esta arqueología de los orígenes” (p. 80) justamente a través de esas lecturas erradas de su precursor. La tesis básica es que las lecturas erradas del precursor por parte de la poeta tardía le permiten despejar un espacio para el despliegue de su propia originalidad imaginativa (p. 103).

El tercer capítulo intenta una lectura de Gómez de Avellaneda como precursora de Martí en el sentido de Bloom, según la cual la ansiedad de la influencia lleva a Martí a desviarse de la poesía de la precursora e “intentar superar la conciencia de su endeudamiento” con ella (p. 31). El análisis de los poemas martianos “Domingo triste” y “Dos patrias” como *misreadings* del texto precursor de la escritora “Al partir” no resulta, sin embargo, del todo convincente, y es lícito preguntarse, más allá de la corrección política feminis-

ta, hasta qué punto Martí se sentía angustiosamente influido por la poesía de Gómez de Avellaneda.

El cuarto capítulo se concentra en los poemas dedicados al Niágara por la autora cubana y su precursor, y en el diario de viajes del historiador y naturalista gallego Ramón de la Sagra (1798-1871), conocido de Gómez de Avellaneda, que describe también las mismas cataratas. Como resultado del análisis, Albin sostiene que Gómez de Avellaneda “reemplaza lo sublime en Heredia como una experiencia solitaria, en la que el yo lírico se arroga el poder de la naturaleza [...] por un paisaje de modernización”, y en este sentido dialoga con el texto de viaje de La Sagra (p. 167).

El quinto capítulo estudia un conjunto de artículos periodísticos de la escritora cubana publicados en las dos revistas mencionadas, en los que Gómez de Avellaneda cuestiona la exclusión de la mujer del proyecto nacional, despejando “un espacio discursivo desde el cual se pueda formular una visión alternativa de la nación” (p. 171).

El sexto capítulo está dedicado a analizar “El viajero americano” como *misreading* de los dos grandes poemas de Heredia “Al Popocatepetl” y “En el teocalli de Cholula”, relacionando a estos últimos con las odas de Bello y con los escritos de Humboldt. Albin observa que la escritora cubana cuestiona la imagen de América como naturaleza primigenia y fecunda establecida por Humboldt y confirmada por Bello y Heredia. Según este análisis, Avellaneda también “desmantela la figura del observador herediano, sujeto antropocéntrico que pretende ocupar una posición central en el universo” (p. 243), y con la imagen privilegiada de la naturaleza desértica se opone al discurso hegemónico de la fecunda naturaleza americana. Frente a la utopía del edén agrario propuesta por Bello y Heredia, la autora

cubana articula una “poética de la esterilidad” (p. 252) que no sólo sirve para “desmitificar la retórica cívica de sus predecesores”, sino que también “cancela la analogía entre mujer y naturaleza”, privando en definitiva “al viajero, en las últimas estrofas de su texto, del paraje idílico como musa poética” (pp. 252 s.).

El séptimo y último capítulo analiza el poema religioso “La cruz”, considerado por Albin testimonio de “la consagración poética de la escritora”. Aquí Gómez de Avellaneda “formula una concepción del poder poético que descarta la naturaleza sublime, base de la potencia creadora de Heredia” y “sustituye la experiencia de lo sublime natural por lo sublime religioso” (p. 283). Confieso mis dificultades con esta interpretación, porque si bien es posible leer ese reemplazo, no me queda claro cuál es el nuevo lugar de originalidad alternativa que instaura este poema religioso para la voz femenina. La conclusión de que el poema termina con una “humillación de lo sublime natural” que lleva “implícita la pérdida de la potencia creadora de Heredia” (p. 307) vuelve a leerse como una sobreinterpretación.

Las teorías de Bloom pueden ofrecer un acceso al estudio comparado de la obra de Gómez de Avellaneda y Heredia, y el libro de Albin abre un camino en esa dirección, si bien sus lecturas de los textos poéticos resultan poco sistemáticas y las tesis básicas del estudio se repiten una y otra vez, como si la formulación misma fuera prueba de verificación. Podría decir, para terminar, que el estudio de Albin, más que dar respuestas, provoca preguntas —y quizá, en base a ellas, incite a intentar nuevas aproximaciones a la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda—.

*La Avellaneda: Diccionario de pensamientos y vivencias* compilado por Florencia Álzaga se inscribe desde el título, las palabras preliminares de Álzaga y el

prólogo de Julio E. Hernández-Miyares en la línea de crítica que llamaría hagiográfica: “pensamientos y vivencias” en 390 entradas con más de mil citas tomadas del conjunto de la obra. En cuatro apéndices la compiladora presenta, además, una cronología (pp. 432-436), una lista de las obras principales de la escritora cubana (pp. 437-439), un esquema comparativo de las ediciones de las cartas a Ignacio de Cepeda (pp. 440-441) y el Vía-Crucis del *Devocionario nuevo y completísimo en prosa y verso*, de 1867.

Andrea Pagni

**Ulises Juan Zevallos Aguilar: *Indigenismo y nación. Retos a la representación de la subalternidad aymara y quechua en el Boletín Titikaka (1926-1930)*. Prólogo de John Beverley. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/Banco Central de Reserva del Perú 2002. 144 páginas.**

Hubo un tiempo en que se consideraba a los seguidores de los Subaltern Studies en los departamentos de Latinoamericanística de las universidades estadounidenses como una especie de *outsiders*, desvinculados de las corrientes que predominaban en las universidades hispanoamericanas. Importaba poco que esta teoría fuera formulada en la India o por intelectuales hindúes en el extranjero; el rechazo de este innovador tipo de análisis se inscribía en un discurso de críticos latinoamericanos que negaban rotundamente cualquier línea de investigación sobre América Latina nacida o institucionalizada en el reino de Calibán. En los últimos tiempos, se ha ido evidenciando lo erróneo de tal rechazo, gracias a estudios como el de Ulises Juan Zevallos

Aguilar. Alumno tanto de John Beverley como de Antonio Cornejo Polar, su monografía *Indigenismo y nación* es un bello ejemplo para acabar con los prejuicios que siguen existiendo contra los Subaltern Studies. Aplicando las teorías formuladas por Guha al Perú provincial de los años veinte del siglo pasado, el autor logra interpretar el discurso indigenista hasta ahora poco estudiado de los integrantes del grupo vanguardista puneño “Orkopata” en la revista *Boletín Titikaka* de una manera convincente.

Estructurando su trabajo en los capítulos titulados “La autorepresentación de los intelectuales”, “La representación del indígena” y “Los problemas de la representación”, Zevallos Aguilar parte de la diferenciación clave que efectúa Spivak con respecto a la polisemia de la palabra *to represent* o “representar” en inglés y en castellano, respectivamente. Ya que la terminología alemana empleada por Marx (*darstellen* y *vertreten*) no puede ser sino traducida con el verbo “representar”, existen, pues, dos tipos de “representaciones”: una de carácter mimético –o estético– (“hablar como”) y otra de carácter político (“hablar por”). Ambas representaciones del sujeto indígena pueden ser observadas en los textos narrativos y ensayísticos del *Boletín Titikaka*: Por una parte, se percibe una escritura mimética indigenista y hasta etnográfica que se opone a la “representación” racista de los indígenas en la narrativa de los terratenientes –o “gamonales”– puneños, y, por otra, destaca una escritura que reivindica a los indígenas políticamente, tratando de prestarles la voz del intelectual que “represente” sus intereses en la (re)construcción y modernización del Estado peruano.

Aunque concebido con las mejores intenciones, salta a la vista la ambigüedad de este discurso en el ámbito de la educación, por ejemplo. Según los integrantes

del grupo, la educación constituye el aspecto clave para la modernización del país, que requiere también la integración de la población quechua y aymara en el proyecto nacional. Por un lado, el líder del grupo, Gamaliel Churata, cuya máxima importancia para las letras peruanas recién se está descubriendo, alababa el sistema educativo mexicano establecido bajo Vasconcelos, deseando que fuera trasladado al Perú indígena. Por otra parte, su amigo Emilio Vásquez, iniciador de un proyecto de escuela ambulante para los indígenas en la provincia de Puno, se desesperaba ante la supuesta falta de higiene de la población indígena: “La higiene de la raza indígena es un problema completamente utópico [...] y sólo una tenaz campaña podrá construir los cimientos de la vida higiénica” (p. 89). La ambigüedad del discurso surge, por supuesto, por el hecho de que, para los integrantes del grupo “Orkopata”, se trata al mismo tiempo de defender y de educar al indio. Aunque se identifiquen con él, éste sigue siendo el “otro” subalterno, que provoca una actitud paternalista. Sin embargo, se ve reflejada en esta ambigua actitud también la posición de intelectuales provinciales como Churata, Vásquez, Palacios o Pastor Ordóñez —una posición *in-between* o mediadora entre los sectores subalternos y hegemónicos—. Esta posición, en el marco local y regional, les otorga la autoridad de una élite; en el marco nacional, sin embargo, coincide con una posición subalterna muy parecida a aquella de las poblaciones indígenas que son “representadas” por los miembros del grupo, puesto que el lugar de enunciación de su crítica es el periférico altiplano puneño. Es por eso, por la co-pertenencia de los miembros del grupo al sector subalterno, que Zevallos Aguilar pueda concluir, relativizando las posibles críticas frente a los intelectuales del *Boletín*: “El hecho de que en el libro haya ana-

lizado las ambigüedades del discurso indigenista no significa que lo deseche por completo. A pesar de todas sus limitaciones y contradicciones es un discurso aceptable y mejor que aquellos que promueven la homogeneización cultural o el genocidio de los pueblos diferentes a los modernos” (p. 134).

Visto así, no se llega necesariamente a la misma conclusión que Spivak, según la cual los subalternos —o más precisamente: las subalternas, puesto que el pertenecer al género femenino hace enmudecer aún más— no pueden/saben hablar: no es que los intelectuales varones (y, a veces, chauvinistas) subalternos del *Boletín Titikaka* no supieran hablar —aunque parece que les negaban esta facultad a los demás subalternos que querían representar: a los indígenas puneños—; es que sus protestas periféricas simplemente no fueron escuchadas por las élites limeñas. En este sentido, el excelente libro de Zevallos Aguilar contribuirá, junto con las monografías al respecto de Cynthia Vich (*Indigenismo de vanguardia en el Perú. Un estudio sobre el Boletín Titikaka*, 2000) y Yazmín López Lenci (*El laboratorio de la vanguardia peruana*, 1999), a que la crítica literaria hispanoamericana aprenda a escuchar y valorar mejor las propuestas desde la periferia y a que se saquen del olvido los ensayos y textos literarios vanguardistas del grupo “Orkopata”, que constituyen el intento más radical de la primera mitad del siglo XX de establecer un arte autóctono como parte de la “totalidad heterogénea” del arte peruano nacional.

Marco Thomas Bosshard

**Carla Fernandes: *Augusto Roa Bastos. Écriture et oralité*. Paris: L'Harmattan (Recherches et Documents – Amériques latines) 2001. 270 páginas.**

El título de esta obra ya señala la intención abarcadora de la autora, al enfrentar dos términos tan amplios como “escritura” y “oralidad” en relación con la obra del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos. El nombre de la autora, Carla Fernandes, quien ya se dedicó a investigar el tema de esta monografía en su tesis de doctorado, defendida en 1995 en la Universidad de Tours, y profunda conocedora de toda la literatura paraguaya, en especial de la obra roabastiana, despierta la esperanza de poder disfrutar de una lectura enriquecedora –esperanza que, en gran parte, se cumple–. En la “Introducción”, Carla Fernandes menciona las diferentes connotaciones del término “oralidad”, que cuestionará en su trabajo. Se trata de un resumen previo al libro, que aporta al lector la información necesaria para saber cómo interpretar el título pero que, sin embargo, no aborda los objetivos que la autora se propone. Luego prosigue el estudio propiamente dicho, estructurado en dos partes, con tres y dos capítulos, respectivamente.

La primera parte versa sobre la “Presencia de la cultura paraguaya tradicional” en la obra de Roa Bastos. Con mucha razón, Fernandes ve la necesidad de ofrecer un panorama de la situación cultural y lingüística del Paraguay antes de concentrarse en la repercusión que ésta tiene en la obra de su autor, basándose, en lo que se refiere a la situación lingüística del país, principalmente en *La lengua guaraní del Paraguay. Historia, sociedad y literatura* (1992), de Bartomeu Meliá. A continuación, la autora emprende un rápido sobrevuelo por los textos orales guaraníes publicados en los estudios antropológicos

que van desde el primer artículo del alemán Kurt Unkel, aparecido en 1914, hasta el reciente libro de Miguel Alberto Bartolomé sobre *Chamanismo y religión*, publicado en 1991. En lo que prosigue, aparece un resumen de los mitos más importantes de los guaraníes así como de algunas creencias populares, para así poder mostrar después cuál es el rol que desempeñan algunas de las figuras más importantes de la mitología tradicional en algunos de los cuentos roabastianos, así como en su novela *Hijo de hombre*. En varias ocasiones, Fernandes se remite a datos interesantes y poco conocidos, lo que evidencia la profunda investigación realizada para este trabajo. Para dar un ejemplo: en el subcapítulo sobre el papel de las canciones en la obra de Roa Bastos, la autora cita una conferencia dada por Roa Bastos sobre “La música y el carácter nacional paraguayo” y publicada en *El País* de Asunción entre el 7 y el 10 de enero de 1947. Con fuentes como ésta, valiosas y poco conocidas, Carla Fernandes está en condiciones de apoyar con suficientes pruebas sus argumentos sobre intertextos en diversas obras de Roa Bastos.

En el capítulo tres, Fernandes se centra en “La utilización del guaraní en la obra de Augusto Roa Bastos”, un aspecto algo difícil de investigar si se tiene en cuenta el general desconocimiento de la lengua guaraní. En su estudio confronta primero diferentes opiniones sobre el tratamiento de la cuestión lingüística en la obra roabastiana, para luego llegar a un propio análisis lingüístico de *Hijo de hombre*. Éste se basa fundamentalmente en interferencias léxicas y morfosintácticas del guaraní dejando de lado, empero, la cuestión sintáctica. Nos encontramos ante un capítulo sumamente interesante para una persona no familiarizada con esta temática, pero quizá poco novedoso para lingüistas. Así pues, esta primera parte se

caracteriza por una interdisciplinaridad que resulta especialmente interesante para todo tipo de lectores, literatos o no. En la segunda parte, sin embargo, la autora pone especial énfasis en cuestiones literarias, concentrándose en los dos capítulos siguientes en la “narración y variaciones”.

Haciendo gala de una profunda base teórica, Carla Fernandes cuestiona diferentes tipos de narradores y narraciones en las obras más destacadas de Roa Bastos: la totalidad de sus cuentos y las novelas *Hijo de hombre* y *Yo el Supremo*. La autora ha consultado y analizado exhaustivamente la amplia crítica literaria ya publicada sobre estas obras, lo que queda patente en las numerosas obras citadas en el texto y en la bibliografía (valga como ejemplo la referencia a 150 artículos sobre la última novela mencionada). Sin embargo, cabe preguntarse por la nueva aportación de este estudio. Lo que aporta de nuevo es el hallazgo de signos de oralidad en los diferentes tipos de narración, en los narradores así como en los diálogos, además de la continua búsqueda de estas mismas huellas en las repeticiones empleadas por Roa Bastos en la totalidad de su obra.

En la conclusión, una especie de mirada hacia adelante, la autora se inclina por una “poética de repeticiones” en la obra posterior a *Yo el Supremo*. “L’union de la narration et de l’oralité est à la fois préparée, anticipée et continuée par la poétique des variations” (p. 16), adelanta Fernandes en su introducción. Esta tesis de que la variación y repetición son signos de la oralidad en la obra escrita la defiende a lo largo de toda la monografía. Por consiguiente, también en la conclusión, busca lazos que avalen esta idea, estableciéndolos incluso en casos no muy afortunados. Así, cuando trata de argumentar la oralidad en las repeticiones alusivas a la guerra de la Triple Alianza y presentes tanto en *El fiscal* como en *Yo el Supremo* (p. 199),

parece no reparar en que la referencia a esta guerra ya se ha convertido en un *topos* de la literatura paraguaya. Hay que destacar, además, que en ningún lugar del estudio aparece valoración crítica alguna de la obra de Roa Bastos; y esto tampoco en el último capítulo, donde se comentan las novelas publicadas a partir de la primera mitad de la década de los noventa, desde la *Vigilia del Almirante* (1992) hasta *Madama Sui* (1995), obras que no recibieron una tan buena acogida por parte de la crítica.

Para terminar, Carla Fernandes ofrece una amplia bibliografía de más de 50 páginas sobre la obra de Roa Bastos, que viene a ser la bibliografía más actual y más completa sobre la obra de este autor paraguayo: un instrumento sumamente útil para cualquier persona interesada en su obra. *Écriture et oralité* de Carla Fernandes supone, pues, una contribución valiosa para todo aquél que quiera adentrarse en el mundo literario de este Premio Cervantes.

Sonja M. Steckbauer

**INTI. Revista de Literatura Hispánica. Número especial: “Argentina, Fin de Siglo”. Editores: Roger B. Carmosino/Rodolfo Privitera. N<sup>os</sup> 52-53, 2000-2001 (publicado en 2002). 766 páginas.**

El presente volumen reúne un amplio abanico de trabajos sobre literatura argentina contemporánea que intentan “abarcar cien años de actividad cultural” (p. 1), dando, de este modo, un panorama del estado de la investigación literaria en Argentina a comienzos del nuevo siglo. Desde una perspectiva transdisciplinaria, se incluyen estudios procedentes de la Psicología, Sociología y de las Bellas Artes,

además de entrevistas y numerosos textos de creación. En total, se trata de 66 textos, de los cuales haremos un repaso somero y forzosamente selectivo, centrándonos sobre todo en el género narrativo.

Pese a la diversidad de temas y géneros, se perciben ciertos hilos conductores: destaca un enfoque descentralizador que conlleva, en ocasiones, un marcado tono político. De este modo, los editores se proponen tanto homenajear a autores periféricos y/o “injustamente postergados” (p. 1) por los mecanismos de canonización, como considerar perspectivas científicas que provienen desde fuera del mundo académico bonaerense. En su mayoría, los estudios enfocan la obra de determinados escritores ?y pocas escritoras? más que abordar aspectos generales. Por tanto, hubiera sido útil adelantar un agrupamiento temático más allá de la división por géneros literarios y procedencia disciplinaria. No obstante, salta a la vista un interés común de reivindicación del texto como hecho social, y de una poética del compromiso.

El primer apartado, dedicado a la poesía, ofrece dos artículos introductorios, que dibujan el campo de la poesía entre 1960 y 1990. Las siguientes contribuciones indagan en la trayectoria de varios poetas vanguardistas, cuya obra se discute en relación a las instancias de poder literarias (Carlos Mastronardi), como toma de posición nómada transnacional(ista) (Oliverio Gironde), como postura ética-existencialista (Juan L. Ortiz) y como conjunto heterogéneo guiado por la imagen de la ciudad (Raúl González Tuñón). Mediante cuidadosas lecturas, se destila la “poética de conocimiento” en la obra de Alberto Girri y Roberto Juarroz. Sobre César Fernández Moreno se hace una lectura interesante del diálogo poético entre el poeta y su padre Baldomero, mientras que se destacan las zonas “de sombra” (p.

169), teñidas por un imaginario gótico, en la poesía de Alejandra Pizarnik.

Otro grupo de ensayos abarca el género narrativo, siguiendo en su mayoría una lectura pragmática que busca ubicar al/a la escritor/a y su obra en el campo literario argentino. Fiel al objetivo de “rescate” del tomo, se versa sobre la obra del novelista social boedista Enrique Wernicke y del escritor Héctor Álvarez Murena, cuya negación de lo nacional-histórico le convierte en precursor de cierto escepticismo histórico finisecular. Por su parte, el diálogo intertextual y personal entre dos escritores de carrera literaria muy diversa, Juan Carlos Onetti y Eduardo Mallea, invita a reconsiderar la establecida configuración literaria rioplatense. La obra de Leopoldo Marechal da lugar para una extensa discusión de la puesta en relación de vanguardismo y política, preocupación válida igualmente para la escritura experimental y comprometida de Roger Plá y de Roberto Arlt, escritor que se analiza como “cronista urbano”. Son precisamente los trabajos acerca de la época posdictatorial los que se enfocan desde la teoría cultural reciente: en la novela *Las nubes* de Juan José Saer, el motivo del viaje por la pampa equivale a la búsqueda de una realidad metafísica que sirva como “zona de contacto” efímero con el Otro. A manera de contrapunto, dos novelas de autoras femininas ?*Mireya* de Alicia Dujovne Ortiz y *La última vez que maté a mi madre* de Inés Fernández Moreno? representan a la metrópolis en el comienzo y el fin del siglo, lectura que combina la perspectiva de género con el análisis de las operaciones semánticas sobre ciertos significantes culturales.

En el tercer apartado del tomo, se llega a la interferencia vital y violenta de literatura y política. Una conmovedora lista de 83 escritores/as víctimas de la dictadura argentina precede el homenaje a la

obra de cuatro de ellos: dos poetas (Francisco Urondo, Miguel Ángel Bustos), dos novelistas (Haroldo Conti, Rodolfo Walsh). Releyendo su obra desde la perspectiva de fin de siglo, con excepción hecha del “romántico” Bustos, se rememora y reivindica la poética comprometida de ellos, abierta hacia lo popular y a la búsqueda de la verdad histórica.

Parece menos afortunada la relegación de un cuerpo de trabajos sobre textos “marginales” —es decir, femeninos y regionales— bajo el membrete “interdisciplinario”, como si el estudio de literaturas periféricas equiparara a una investigación etnológica. Por su coherencia interna, dichos estudios son de mayor interés dentro del volumen. Como demuestra su trayectoria hasta nuestros días, el regionalismo en la narrativa argentina es un cuerpo nada homogéneo. Si desde los años cincuenta la estrategia nativista y moralizadora regionalista ha entrado en una larga crisis, otros escritores como Héctor Tizón, Antonio de Benedetto o Daniel Moyano, con su enfoque temático en la memoria, el mito o la identidad, dejan lugar para el desarrollo de nuevos proyectos individuales de expresión periférica. En concreto, dos trabajos realizan una incursión en el campo literario-cultural de la provincia de Salta, excluida del discurso literario argentino hegemónico. Definida como “regional” desde la perspectiva de construcción nacional del siglo XIX, las nociones de frontería y otredad desde entonces han ingresado en el imaginario colectivo salteño, contribuyendo a un discurso de identidad del Noroeste, marcado por la oposición periférica a la metrópoli bonaerense. En cambio, la producción literaria de los noventa apunta a una re-ubicación bajo la noción de liminalidad, dentro de una literatura nacional entendida como esencialmente heterogénea. Dentro de esta nueva visión multifacética de lo

regional como configuración transnacional y transcultural, destacan las estrategias doblemente transgresivas —centro/periferia, masculino/femenino— de la escritura de mujeres, que continúan, a su modo, el histórico ejemplo de la escritora salteña Juana Manuela Gorriti.

Una considerable parte del tomo queda reservada para la creación literaria, donde veintidós escritores presentan sus obras de poesía y prosa. De notable calidad en su mayoría, esta colección heterogénea constituye una grata plataforma para la literatura argentina que no se halla en la primera fila de las editoriales.

Completan el volumen varias contribuciones interdisciplinarias, entre las cuales descolla el trabajo muy informado sobre las relaciones entre movimientos sociales y el auge del psicoanálisis en los años sesenta argentinos. Hay además contribuciones sobre las relaciones entre ciencia y literatura en pensadores argentinos del temprano siglo XX, sobre Antonin Artaud y su concepto de la razón, y sobre la globalización tecnológica como tono general en la política oficialista argentina, amén de dos recorridos históricos por la pintura y el cine argentinos del siglo XX.

En suma, el recuerdo del compromiso político-literario de los sesenta y las heridas de la dictadura, junto con el legado literario de los años veinte en adelante, siguen ocupando el interés académico. La gran ausencia entre los objetos de estudio, en cambio, son los/las escritores/as nacidos/as después de 1960 y, en menor medida, la literatura de los años noventa en general, detalle curioso teniéndose en cuenta la intención “finisecular” del tomo. Se agradece, por ello, el añadido de un conjunto de reseñas de ocho novelas publicadas a mediados de los años noventa, que ayudan a paliar, por su yuxtaposición panorámica de autores y editoriales con-

sagrados con otros marginales, las citadas carencias.

*Burkhard Pohl*

**Beatriz Sarlo: *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI (Col. Metamorfosis) 2003. 272 páginas.**

En la Argentina, la publicación en los últimos años de una serie de libros en los que se recogen los recuerdos de quienes formaron parte de la “militancia” peronista de izquierda en los años setenta del siglo pasado –de la que son ejemplos destacados *Diario de un clandestino* (2000) y *Recuerdos de la muerte* (2001) de Miguel Bonasso, así como los tres tomos de *La voluntad* de Martín Caparrós y Eduardo Anguita (1997-1998)– ha gozado de un gran éxito de ventas, actualizando al mismo tiempo la discusión acerca de las posturas y valores defendidos por entonces y la aspiración de realizarlos a través de la lucha armada, aspiración trágicamente cancelada con el golpe militar de marzo de 1976 y la “desaparición” de alrededor de treinta mil personas en los años siguientes. *La pasión y la excepción* de Beatriz Sarlo se sitúa en este contexto con la excusa de la autobiografía.

En mayo de 1970 el grupo Montoneros secuestró y posteriormente asesinó a Pedro Eugenio Aramburu, a quien –en la escenificación de un juicio sumario– se le encontró responsable ideológico del derrocamiento de Juan Domingo Perón en setiembre de 1955 y culpable de la sangrienta represión de un levantamiento peronista en junio de 1956 y del secuestro del cadáver de Eva Perón; Beatriz Sarlo se encontraba entre quienes festejaron ese asesinato. Es la intención de comprender las razones que la llevaron a ello la que

articula este libro. Sin embargo, Sarlo decide remontarse más atrás en el tiempo, preguntándose “qué” era exactamente Eva Perón y cuál era su “excepcionalidad”, a la que caracteriza por una parte como el producto de su pasión –que “actuó en todos los escritos publicados con su firma, en todos sus discursos y en la rabiosa desesperación que rodeó su enfermedad y su muerte” (p. 25)– y, por la otra, como su inadecuación al ideal de belleza de la época, lo que la llevó al “fracaso como aspirante en el mundo bastante poblado de la industria cultural argentina” pero le permitió luego, en la escena política, marcar “esa diferencia hasta el escándalo: contra el bajorrelieve de matronas presidenciales y de la élite local” (p. 23), debido a que “lo que era insuficiente o inadecuado en el mundo del espectáculo valió como una posesión rara y sorprendente en el mundo de la política” (p. 24).

En la “lectura del cuerpo de Eva” como “parte de una secuencia filosófico-religioso-política cuyos términos serían: cuerpo místico, cuerpo eclesial, cuerpo de la república, cuerpo del rey (y sus correspondientes duplicidades)” (p. 243) la autora sigue al E. H. Kantorowicz de *Los dos cuerpos del rey* (1992). Una coincidencia temporal, la publicación en agosto de 1970 de un cuento de Jorge Luis Borges en el que la violencia es mostrada de modo hiperbólico, “El otro duelo”, constituye la segunda línea de trabajo; la tercera es la descripción de lo que Sarlo llama “la excepcionalidad de la belleza, la excepcionalidad extrema y pasional de la venganza” (p. 13). Se trata de intereses sólo aparentemente divergentes, ya que la autora encuentra en Borges una fascinación de la barbarie y la violencia que, al tiempo que abren un conflicto con “la flexión liberal de su pensamiento” (p. 220), encuentra correspondencias con la de su época, manifestada en la aspiración de

recuperar el cuerpo de Eva Perón a través del asesinato político.

En la primera parte del libro, “Belleza”, Sarlo analiza la “construcción” del “segundo cuerpo” de Eva Perón, basada en “cualidades, insuficientes en una escena (la artística), [que] se volvían excepcionales en otra escena (la política)” (p. 24). La autora no escribe una nueva biografía de Eva Perón y sólo utiliza sus discursos políticos en la medida en que se refieren a sus “usos” como corporeización de la hegemonía cultural peronista. Es un enfoque original y elogiado. En la segunda parte, “Venganza”, analiza los cuentos “Emma Zunz” y “El fin” de Borges, asociándolos con los textos propagandísticos de la militancia peronista de izquierda. En ambos se tematiza la venganza, a la que Sarlo, siguiendo a Clément Rosset (*Le régime des passions et autres textes*, 2001), considera junto con la ambición y el odio como “las verdaderas pasiones” (p. 178). Una tercera parte, “Pasiones”, retoma el análisis borgeano para acabar en una cuarta parte, “Hipotextos”, que resume los temas del libro –un asesinato político, un cuento de Borges, el cuerpo de Eva Perón– a través de pequeños textos que funcionan como anotaciones al margen de lo ya escrito.

*La pasión y la excepción* evidencia una continuidad con el libro anterior de Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)* (2001), donde ofrecía una meditada y precisa antología de textos de época, aproximadamente la misma época que cubre *La pasión y la excepción*, presentados como el mapa de un debate cultural que hay que reponer como trasfondo de los acontecimientos que Sarlo narra aquí. En más de un sentido, es la continuación de una investigación que arroja frutos de extraordinaria importancia.

Patricio Pron

**Marjorie Agosín (ed.): *Gabriela Mistral. The Audacious Traveler*. Athens: Ohio University Press (Ohio University Research in International Studies; Latin America Series, 40) 2003. XXIII, 308 páginas.**

**Licia Fiol-Matta: *A Queer Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral*. Minneapolis/London: University of Minnesota Press 2002. XXIX, 269 páginas.**

**Lila Zemborain: *Gabriela Mistral. Una mujer sin rostro*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos críticos) 2002. 154 páginas.**

Desde hace algunos años se ha ido incrementando el interés en Gabriela Mistral (1889-1957), denotando un marcado cambio de rumbo en cuanto a la apreciación tanto de su actuación y obra como de su personalidad y resonancia. Ya no se cultiva aquella imagen de la maestra rural y Madre de América, poeta y defensora apasionada de mujeres y niños, tal como fuera apropiada, después de su muerte, por el discurso nacionalista chileno, ni tampoco la de la mujer abnegada y sufrida tal como la vieron aquellos que leían en el sentimentalismo de sus poesías el reflejo de su maternidad frustrada. La imagen de Gabriela Mistral, quien durante su vida y mucho antes de que se le adjudicara el Premio Nobel de Literatura en 1945, fuera una celebridad, con un gran impacto a raíz de su labor periodística y sus múltiples intervenciones ante organizaciones internacionales a favor de los derechos humanos, se ha ido diversificando y, de cierto modo, desacralizando; y fue justamente teniendo en cuenta los múltiples ensayos, artículos periodísticos y discursos de Mistral, junto con su correspondencia, que la crítica ha ido proyectando la imagen multifacética de una mujer con identidades múltiples, en sus conceptos ambigua y

hasta contradictoria, en sus afectos enigmática y distante.

Los 16 ensayos recogidos por Marjorie Agosín en *Gabriela Mistral. The Audacious Traveler* aportan gran variedad de datos acerca de tópicos relacionados ante todo con la vida pública de Mistral y sus opiniones acerca de conflictos políticos y sociales del momento. Como ya señala el título del volumen, se enfocan como hecho fundamental en la vida de la autora sus continuos viajes y peregrinaciones, que después de su salida de Chile, en 1922, la llevaron primero a México, invitada por el entonces ministro de Educación Pública José Vasconcelos, y luego, a partir de los años treinta, nombrada cónsul de por vida por el gobierno chileno, a los más diversos lugares de Europa, Latinoamérica y Estados Unidos, con sólo dos vueltas a Chile en cortos viajes ocasionales (Marie-Lise Gazarian-Gautier). México, donde durante dos años se dedicó, a instancias de Vasconcelos, a organizar la enseñanza escolar para mujeres, dando innumerables conferencias e inaugurando innumerables escuelas, le sirvió a Mistral de plataforma para su posterior éxito profesional (Diana Anhalt). En cambio, a Brasil, donde pasó bajo la primera presidencia de Getúlio Vargas cinco años como cónsul, llegó ya con el prestigio de una intelectual internacionalmente reconocida, pero sufrió, en su vida personal, la pérdida más sentida a raíz de la muerte de Juan Miguel Godoy (Yin Yin), quien era (supuestamente) su hijo adoptivo y quien se suicidó a los 17 años (Ana Pizarro) —hecho que (como veremos más adelante) Gabriela Mistral nunca admitió como tal, provocando en ella una suerte de paranoia no exenta de racismo—.

Varios ensayos investigan las intervenciones públicas de Mistral: en relación con la familia, la educación y los derechos de la mujer y del niño “as an international

public voice of social conscience” (Joseph R. Slaughter, p. 25); en relación con su actitud frente a los Estados Unidos, particularmente con ocasión de la intervención armada en Nicaragua y la lucha contra Sandino, como “meritorious member of the Sandinista army”, “[who] embraces an activism that takes over her pacifist and religious ideas” (Patricia Varas, p. 67; ver también los ensayos de Jonathan Cohen, Emma Sepúlveda y Luis Vargas Saavedra). Los autores no distorsionan los hechos ni leen los textos a contrapelo; sin embargo, su actitud frente a Mistral es la de unos incondicionales, que no se aventuran a articular ninguna crítica o detectar posibles contradicciones: por ejemplo, cuando en relación con el “proyecto femenino” de Mistral el autor dice resumiendo: “I have not intended [...] to argue whether her ideas are conservative or progressive (they are some mixture of the two)” (Slaughter, p. 42); o cuando no se encarece el conflicto manifiesto que hay entre la constante actitud crítica de Mistral frente a la política intervencionista de Estados Unidos como frente a la ideología del Manifest Destiny y su igualmente constante promoción del panamericanismo y de la Pan-American Union, “affirm[ing] the high American ideal of liberty and justice for all” (Cohen, p. 9).

Las contribuciones de mayor interés, con un enfoque más incisivo, son las dedicadas a la (auto)representación de la autora: su transformación, después de su muerte, en icono nacional mediante la adaptación por parte del Estado de una retórica hagiográfica que la convirtió en Madre simbólica, “desexed and disembodied” (Elizabeth Horan, p. 234); las ambigüedades respecto de su posible identidad judía, asociada a su también ambigua identidad sexual, incompatibles con el rol de “truly suitable model of mother and nation” (Darrell B. Lockhart, p. 99); y las

diversas autorrepresentaciones que Mistral proyectó en las miles de cartas que escribió, *narratives of the self* que hacen patentes sus ansias y preocupaciones –su situación precaria tanto financiera como de salud; su menosprecio y resentimiento frente a la clase urbana chilena de la cual ella, la maestra rural sin credenciales académicas, no formaba parte; su extrañamiento y soledad, su vulnerabilidad y susceptibilidad– y que en últimas instancias revelan que “by maintaining an elusive identity, she escapes definition and remains opaque to the gaze of others” (Patricia Rubio, p. 211).

Son justamente esa complejidad e indeterminación de la personalidad de Gabriela Mistral las que están en el centro de interés de Licia Fiol-Matta, quien localiza su origen en las grietas entre la persona pública tal como fue promocionada por la misma Mistral, y su sentir más íntimo tal como se vislumbra en sus cartas, “Mistral’s complex and often confusing separation of the public and the private” (p. 73). Las direcciones que va a tomar la investigación de Fiol-Matta se señalan ya desde el título, sugerente pero también equívoco, de *A Queer Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral*: por un lado la participación activa de Mistral en el delineamiento de un proyecto de Estadonación a la par de ser instrumentalizada en el nombre del mismo y, por otro, su condición de ser *queer*, término que significa tanto “homosexual” como “raro” en el sentido de extraño y extravagante, o (como precisa Darrell B. Lockhart en el volumen anteriormente reseñado) “[the] quintessentially and irreparably Other” (p. 99).

Una de las ambigüedades fundamentales en los conceptos de Gabriela Mistral es, según Fiol-Matta, su actitud frente al problema de la raza. Sin duda inspirada por José Vasconcelos y el proyecto mexi-

cano posrevolucionario de una nación “mestiza”, Mistral se hizo el campeón del concepto del “mestizaje”, que al servicio de una “agenda integracionista” propone una “identificación racial” con el Estadonación (p. 7, 8) –identificación que en el plano personal llevó a la misma Mistral a figurar públicamente como mestiza, autorrepresentación sumamente dudosa–. Defendiendo el concepto de “mestizaje” como “nacionalismo racializado” (p. 36), Mistral (según Fiol-Matta) por un lado excluye a negros y mulatos del cuerpo de Nación, y por otro se contradice con afirmaciones anteriores que abogaban por la “pureza de la raza [blanca]”, afirmaciones que ya había alegado Ana Pizarro en su artículo “Mistral, ¿qué modernidad?” (en: Gastón Lillo/J. Guillermo Renart [eds.]: *Re-leer hoy a Gabriela Mistral: mujer, historia, y sociedad en América Latina*, 1997). Pero mientras que Pizarro ve estos arranques, por parte de Mistral, de una supuesta supremacía del blanco salvados por su labor posterior en México, reafirmando luego su visión de una nación multirracial por su experiencia en el Brasil, Fiol-Matta sostiene lo contrario. Analizando varios documentos, entre otros la correspondencia de Mistral con Lydia Cabrera y el ensayo “Primer recuerdo de Isadora Duncan” (1927), llega a la conclusión de un rechazo, por parte de Mistral, del elemento negro; y si bien ésta intentaba en otras ocasiones “reconciliar” lo negro con el mestizaje, se empeñaba en asegurar (según Fiol-Matta) “that the binary of indigenous/white continued to be the motor of contemporary Latin American history and the rationale behind all the state’s racial politics and policies” (p. 19). Pero la investigadora va aún más lejos. Ya en el ensayo sobre Isadora Duncan, que Mistral confronta con Josephine Baker, había detectado –mediante un sutil análisis– cierto “racism against people of

African descent”; y esa actitud la ve luego confirmada por la reacción de Mistral ante el suicidio de su hijo adoptivo Yin Yin: actitud de “one extended denial” (p. 112), que la llevó a inventarse algo así como “[a] racial murder story” (p. 113) convencién dose, como testifica su correspondencia, de que fueron unos jóvenes maleantes negros los que lo mataron por odio racial.

El segundo criterio de especial relieve que preocupa a la investigadora a lo largo de su trabajo es la mentada *queerness* de Gabriela Mistral, y se pregunta cómo era posible que el Estado “encouraged the national introjection of a sexually ambiguous woman in place of the mother, at the same time that queerness was despised and denigrated” (p. 37). Algo “raro” notaban en Mistral, ciertamente, sus contemporáneos, si uno se atiene a los numerosos comentarios acerca de su manera de vestir, su porte y hasta su físico, que les pudieran parecer de carácter varonil; y tampoco faltarían quienes sospechaban que fuera homosexual, vistas las amistades íntimas con varias mujeres con las que compartía su vida. Fiol-Matta estudia con detalle las ideas pedagógicas de Mistral como también su propio impulso para presentarse como voz pública investida de autoridad —esto último a través de un análisis magistral de las imágenes fotográficas, que Mistral se hizo tomar a lo largo de su vida (cap. 5) y que recalcan lo que Fiol-Matta llama en otro lugar “her astute manipulation of her image” (p. 214)—. Pero la obsesión evidente de la investigadora por apuntar a Gabriela Mistral en la lista de las lesbianas famosas se traduce en una constante interferencia de las varias aceptaciones de *queer*, hasta que se toma el hecho de la identidad sexual “disidente” de Mistral, básicamente, *for granted*. Y aun cuando se acepte la homosexualidad de Mistral —cuestión nunca abor-

dada por la misma autora y, como Fiol-Matta admite en una ocasión, “[a] matter of speculation” (p. 56)—, ésta no convence cuando afirma, como reza el subtítulo de la segunda parte del libro, que Mistral, consagrada “as a celibate, saintly, and suffering heterosexual national icon” (p. XIV), en cuanto “closet lesbian” (*ibid.*) logró “queering the State”.

El libro publicado por Lila Zemborain, *Gabriela Mistral. Una mujer sin rostro*, se presenta como un excelente complemento al de Licia Fiol-Matta, ya que se centra en un análisis de la poesía de Mistral partiendo de la misma idea de la ambigüedad y fragmentación del yo mistraliano. Después de haber analizado, en un primer capítulo (“Las figuraciones de un nombre”), los varios seudónimos que adoptó la joven Lucila Godoy Alcayaga hasta convertirse en la Gabriela Mistral que conocemos—cambio de nombre que Zemborain considera como “hecho fundacional” (p. 43) para la poetisa—, investiga las variadas modalidades de representación del sujeto poético femenino: el “sujeto elegíaco” (cap. 2) en los poemas dedicados a la muerte o memoria de familiares, amigos o algún autor ilustre, donde Mistral, según Zemborain, presenta la imagen estereotipada de la mujer sufrida, “no escapa[ndo] a las convenciones de un género que ha sido tan ampliamente desarrollado” (p. 43); el “sujeto maternal” (cap. 3), en cuya configuración la investigadora detecta aquellas “zonas de tensión” o “zonas grises, en donde lo oficial y lo encubierto se entremezclan para crear una representación maternal problemática” (p. 78); y el “sujeto profético” (cap. 4), modalidad que Zemborain define, citando a Mario Santí, como acción de “hablar en lugar de alguien o algo, que puede ser un dios inspirador, una nación o una musa” (p. 104) y que en Mistral se nutre de las más diversas creencias reli-

gias para finalmente relacionarse con una divinidad femenina: aquella mujer “sin cara”, que Zemborain encuentra en un poema de *Tala* (1938) y en que “se contienen todos los rostros posibles, todas las máscaras posibles, o sea todas las formas posibles de representación femenina” (p. 130).

Zemborain presenta una investigación sucinta y concluyente, contextualizando los poemas en su relación tanto con la tradición del género como con la biografía de Mistral; esto último, como subraya, “cuando era necesario” (p. 11). Por lo que se sustrae a la obsesión de Fiol-Matta, limitándose a señalar tan sólo de vez en cuando alguna –bien velada– referencia a la supuesta homosexualidad de la autora.

*Frauke Gewecke*

**David Schidlowsky: *Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo*. Berlin: Wissenschaftlicher Verlag Berlin 2003. 2 tomos. 1336 páginas.**

**Teresa Longo (ed.): *Pablo Neruda and the U.S. Culture Industry*. New York/London: Routledge (Hispanic Issues, 25) 2002. XXVII, 238 páginas.**

**Giuseppe Bellini: *Viaje al corazón de Neruda*. Roma: Bulzoni (Consiglio Nazionale delle Ricerche/Centro per lo studio delle letterature e delle culture delle aree emergenti, 15) 2000. 174 páginas.**

El 23 de septiembre de 1973, pocos días después del golpe de Estado que diera fin al gobierno socialista de Salvador Allende y a aquel experimento que Pablo Neruda llamó, con cierto entusiasmo, la “Revolución chilena”, muere el mismo

Neruda, conocido poeta del país más austral del continente americano. En abril del siguiente año se publicaron, entre otros libros póstumos, una serie de poesías cuyo título, *Dos Mil*, muestra que iban dedicadas al nuevo milenio. Con un cuarto de siglo de anticipación sólo le quedó al poeta y político, quien fuera laureado con el Premio Nobel, la tenue esperanza utópica que con ese “interrogativo milenio” “fruto a fruto llegará la paz”; a sabiendas que esto sólo lo podía anticipar a través del “porfiado esqueleto de palabras”, como caracterizara él mismo su poesía: “Hoy es también mañana, y yo me fui / con algún año frío que se fue, / se fue conmigo y me llevó aquel año” (“Celebración”).

En 2004, treinta y un años más tarde, en pleno inicio del nuevo siglo, se dan un sinnúmero de ocasiones para reflexionar sobre la incesante actualidad y la fama de este renombrado chileno. El 12 de julio se festeja el centenario del nacimiento del niño Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, quien más tarde sería el incomparable cronista lírico del siglo xx latinoamericano. Cabe recordar que la fecha de su nacimiento poético data de octubre de 1920, cuando el poeta adoptó un nuevo nombre firmando su poema “Hombre” con el seudónimo literario “Pabloneeruda” (Schidlowsky, p. 41). Conmemorando así su natalicio, nuevas publicaciones intentan responder a la pregunta que asume ciertos enigmas: ¿quién fue el hombre llamado Pablo Neruda y cuáles son las cualidades líricas, las actitudes sociales o los compromisos políticos que dejaron huellas en el recuerdo y se celebran hoy en día?

Según el crítico Giuseppe Bellini, a pesar del “panorama oscuro del mundo” (p. 132) que abren los poemas proyectados al año *Dos Mil*, Neruda “sigue siendo fiel a su función de alentar la esperanza” (p. 133) hasta sus últimos poemas. Puede decirse que es ese “compromiso de la hu-

manidad” (p. 133) y “la confianza del poeta en el futuro” (p. 135) lo que adscriben a la obra nerudiana aspectos de un modelo entusiasta, incluso en nuestros tiempos “post-utópicos”. Aludiendo con el título a la conocida pasión literaria de Neruda por Quevedo, Bellini ofrece en su *Viaje al corazón de Neruda* un conjunto de ensayos (algunos publicados anteriormente), presentando un resumen más o menos cronológico de la obra nerudiana desde su comienzo con *Crepusculario* (1923), libro “romántico por el sentimiento, modernista por la expresión” (p. 15), hasta la última poesía, que, como en el caso del *Libro de las preguntas* (1974), “parece serenarse” (p. 139) paulatinamente. La “problemática existencial” (p. 30), tematizada por Neruda sobre todo después de ocuparse de la fatalidad y la miseria humana, de la experiencia de la angustia, de la soledad y de la muerte durante su residencia en Asia (1927-1932), encuentra cada vez menos respuestas convincentes. Puede decirse que es más bien una experiencia de melancolía tanto existencial como personal la que se articula en los mejores poemas de Neruda, basados en la “humildad de la tierra” (p. 136) y en la presencia elemental y eterna de una naturaleza indiferente. La sencillez y la sinceridad de esta poesía pasional, lírica y vital se coloca “por encima de toda ideología y toda esperanza” (p. 117). Las piedras y el mar, el aire y la lluvia responden y corresponden a la ausencia de humanidad, la cual, sin embargo, según Bellini, se mantiene como el gran tema de Neruda.

En el año 2000 y en el marco del análisis de Bellini encontramos a un Neruda visto retrospectivamente y en términos generalizados como el “intérprete de la condición humana en un siglo criminal” (p. 38). Aunque hoy en día la decidida posición política de Neruda y su pensamiento combatiente parezcan inmensamente

ingenuos, son auténticos, precisamente por su sencillez y su sinceridad. En este sentido destaca en primer lugar la muy detallada reconstrucción histórica de la biografía de Neruda, que ofrece el exhaustivo estudio de David Schidlowsky, revelando los momentos decisivos en la vida del poeta.

Un ejemplo lo tenemos en el año 1939, que marca la mitad de su vida. Es el año en que Neruda se pronuncia en favor de un realismo socialista (Schidlowsky, p. 356), el año en que compra la más famosa de sus casas en la isla Negra (pp. 358 s.); el año, en que es nombrado cónsul en París, y aunque “el nuevo cargo lo obliga a una imparcialidad diplomática, desarrollará una intensa actividad política” (p. 361). Es este mismo año en el que Neruda hace posible la inmigración de 2.004 refugiados de la Guerra Civil española a Chile, y publica su libro *Las furias y las penas*, haciendo alusión a Quevedo. Schidlowsky cita gran cantidad de correspondencia e informes oficiales, que permiten reconstruir detalladamente las actividades del cónsul Neruda para hacer salir el barco de refugiados *Winnipeg*, excluyendo de su selección –como crítica Schidlowsky con vehemencia– a los anarquistas. El investigador presenta sobre todo material desconocido de archivos o de sitios apartados de publicación, seleccionando con mucho tino la información. A pesar de la amplitud de casi 1.400 páginas, el libro puede ser leído sin dificultad y con provecho. Tenemos una narración en la que se entrecruzan vida y obra, las actividades del poeta comprometido y los discursos del político aficionado a la poesía, esbozando así un vivo panorama de las distintas facetas de la vida artística como primera fuente de su poética. No sólo por estas razones es lamentable que la cuidadosa investigación de David Schidlowsky haya sido publicada en una

editorial berlinesa muy pequeña y con un tiraje muy reducido.

Schidlowsky hace notar otro momento crucial en la vida de Neruda, centrado entre los años 1957-58, cuando se publica *Estravagario*, un “libro sin dogmatismo, sin tocar la política” (cit. Schidlowsky, p. 872). En este libro que aparece tan “lleno de broma, humor suave e ironía” (*ibid.*), Neruda reivindica, según Giuseppe Bellini, “el derecho a una vida íntima propia, abandonando por un momento [...] su compromiso político” (Bellini, p. 40). Sin embargo, la mayoría de los poemas extravagantes fueron escritos durante el viaje al Oriente, que en 1957 conduce a Neruda a China. Solamente tomando en cuenta la política de depuración practicada en la China comunista de estos años, se puede comprender el gran desafío y el “cansancio ideológico” (Schidlowsky, p. 873) que se calla en estos versos. Junto con Jorge Amado, Neruda tuvo conciencia de la desaparición de intelectuales chinos amigos y conocidos suyos. Mientras que el escritor brasileño, después de su estancia en China, se distanció del comunismo, Neruda demostraba una “posición ortodoxa” y simplemente se negó a hablar de sus “experiencias negativas” (p. 868). “Pido silencio” o “A callarse” son títulos de los poemas reunidos en *Estravagario*, que articulan la incertidumbre reflexiva del poeta.

Neruda se muestra también fiel a la línea política de la URSS en el caso de Boris Pasternak, a quien elogia abundantemente cuando éste recibe el Premio Nobel. En el momento en que la política soviética oficial habla de una provocación y prohíbe a Pasternak viajar a Estocolmo, “Neruda cambió en 180 grados su posición” (p. 875). Todos estos detalles biográficos revelan que Neruda es un autor marcado por las luchas ideológicas del siglo XX. Y más que nada es autor de la

guerra fría y de cierto tercermundismo, buscando en la poesía caminos desconocidos, frecuentemente imprevistos. Como autor de poemas y sonetos de amor Neruda se veía confrontado con el ámbito político-histórico, lo que muestra ejemplarmente la publicación del *Canto general* (1950). Haciendo uso de las dicotomías, no hay que olvidar que en los años setenta se popularizó la divisa de lo privado como político. En este sentido, los poemas de Neruda son confesiones en el mejor y amplio sentido de la palabra, tanto íntimas como público-políticas.

Hoy, sin embargo, la mayor intensidad literaria no se encuentra ni en la poesía erótica-amorosa de Neruda, ni en el lirismo de sus visiones políticas, sino en un tercer grupo de poemas, fundado en lo más tangible. Se trata de la impresión causada por sentimientos concretos, de la sensualidad encarnada y elemental, de la evidencia de lo más palpable, como lo sintetizan y exhiben las *Odas elementales*. Sencillas y patéticas a la vez, las *Odas* no pretenden ser más que poesía “simple y sobre cosas simples” (cit. Schidlowsky, p. 16). Con el vigor material y la presencia física de objetos cotidianos como la alcachofa o el pan, la lluvia o el traje, que se cantan en estos poemas, Neruda demuestra una sensualidad barroca, incluyendo su pareja negativa: el *memento mori*.

La presencia carnal y material así como el intercambio permanente de presencia y ausencia se encuentran a lo largo de la obra nerudiana: desde la ausencia corporal de la mujer deseada y el erotismo solitario del amante desilusionado en los poemas de amor (véase Bellini, p. 64) hasta la utopía todavía incumplida de un futuro prometido o el cuerpo desaparecido del poeta imaginando su propia muerte. Ausencia y presencia de Pablo Neruda, puesta en escena en un álbum fotográfico de Luis Poirot, es lo que analiza Patricia

Santoro en una de las contribuciones más interesantes de la colección de ensayos editados por Teresa Longo. Lo que *prima vista* parece un *coffee-table book* bien hecho para el mercado norteamericano (Santoro, p. 23), resulta un discurso estético muy diferenciado, iniciando un diálogo no sólo entre los diferentes medios (imagen y palabra) sino también entre la conmemoración póstuma de Pablo Neruda y la temática misma de su poesía. La evocación del poeta alcanza su máxima intensidad a través de fotografías que muestran las casas vacías de Neruda, o en los recuerdos de los amigos.

Dirigiéndose en contra de la apropiación de un “romanticized, de-politicized and (p)re-packaged Neruda” por parte de la industria cultural estadounidense (Longo, p. XVII), el volumen de Longo se ocupa casi exclusivamente de la recepción de Neruda en los distintos medios de comunicación masivos y populares. La película *Il Postino*, por ejemplo, resulta ser un producto típico de la industria cultural. Especialmente si se la compara con la novela de Antonio Skármeta o la película anterior del mismo, se hace evidente que los cambios de tiempo y lugar (Italia en 1952 ss. en lugar de Chile 1969-1973) sólo sirven para deshistorizar y deschilenizar un argumento demasiado político. La toma de partido del político Neruda parece ser todavía inaceptable en los Estados Unidos, de modo que la poética nerudiana se ve cooptada por la visión unificadora de una nación dividida. Aún domina el debate una lectura que ve en la literatura latinoamericana una esencia mágica o un fondo real-maravilloso. Unida a la idea nerudiana de la poesía como forma de alimentación (Longo, p. XV), se produce una concepción lírica que Teresa Longo llama “poetry like wonder bread phenomenon” (p. XXI): repartiendo el pan encantado de la poesía se realiza la unidad

de la nación (p. XVI). Aunque los artículos reunidos buscan un análisis crítico, son sobre todo los “U.S. Latino Responses” (testimoniales y/o poéticos) en la tercera parte del libro, los que muestran claramente las diferencias insuperables entre las lenguas y las culturas. Al esfuerzo de Marcos McPeck Villatoro, quien trata de convencernos de que los artistas hispanohablantes son más “cojonudos” aunque su arte se ve constantemente discriminado como *stuff*, le falta el tono patético y universal de Neruda; así como al debate teórico de los estudios culturales le falta la simplicidad y sencillez de la poesía nerudiana. Finalmente, de este intento de convertir a Neruda en el poeta de la integración panamericana resulta una propuesta poco provocadora y muy alejada de lo que fuera Neruda: un poeta que canta a la humanidad sin molestar a nadie.

*Nana Badenberg*